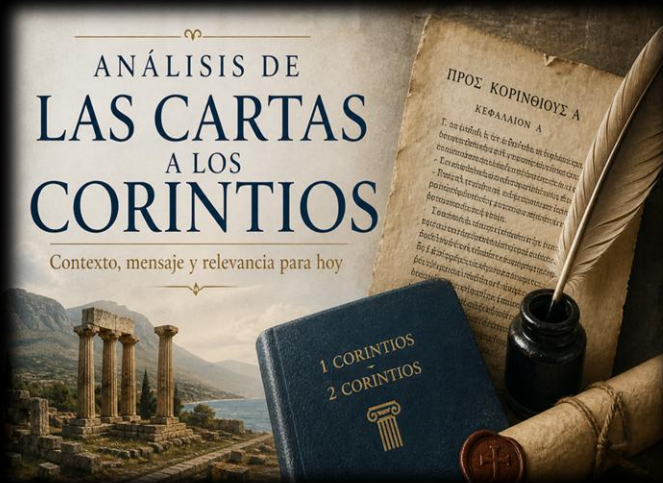


LAS CARTAS A LOS CORINTIOS

Una comunidad real, una fe en proceso y enseñanzas para nuestro tiempo



Las cartas de Pablo a los Corintios nos acercan a una realidad que, aunque ocurrió hace casi dos mil años, resulta sorprendentemente cercana. Al leerlas descubrimos una comunidad cristiana que intenta vivir su fe en medio de una

sociedad compleja, diversa y llena de contradicciones.

No encontramos allí una Iglesia perfecta, encontramos personas que tienen fe, pero que también se equivocan; creyentes que buscan a Dios, pero que al mismo tiempo enfrentan divisiones, conflictos, dificultades para convivir y preguntas sobre cómo vivir el Evangelio en medio de la sociedad en la que se encuentran, y quizás precisamente por eso estas cartas siguen teniendo tanto que decirnos.

Antes de entrar directamente en su contenido, quisiera detenerme brevemente en una cuestión fundamental: ¿cómo debemos acercarnos a un texto bíblico para comprender realmente lo que quiere decirnos?

La Biblia es, para quien cree, Palabra de Dios. Pero también es una colección de textos escritos en épocas determinadas, por personas concretas, dirigidos

a comunidades que tenían sus propias circunstancias, conflictos, costumbres y formas de comprender el mundo, por eso, leer la Biblia no significa solamente recorrer sus palabras de manera literal. También necesitamos preguntarnos: ¿quién escribió este texto?, ¿a quién estaba dirigido?, ¿qué estaba ocurriendo en aquella comunidad?, ¿qué problema intentaba responder?, ¿qué género literario estamos leyendo? y, sobre todo, ¿qué quiso comunicar originalmente?

Esta manera de aproximarnos a las Escrituras nos ayuda a evitar interpretaciones apresuradas y nos permite descubrir con mayor profundidad el mensaje que se encuentra detrás del texto.

Una forma de acercarnos a la Biblia: el método crítico

El método crítico busca comprender los textos bíblicos considerando su contexto histórico, su forma literaria y las circunstancias concretas en las que fueron escritos. La palabra “crítico” proviene del griego *krinein*, relacionado con discernir, distinguir o juzgar.

No se trata de poner en duda la Fe. Al contrario, se trata de buscar una comprensión más profunda y responsable de aquello que estamos leyendo. Este método considera, entre otros aspectos, tres dimensiones importantes.

La primera es la **dimensión histórica y contextual**. Nos invita a preguntarnos cuándo, dónde y por qué fue escrito un determinado texto. La segunda es la **dimensión literaria**, que nos recuerda que la Biblia contiene distintos géneros: relatos, poesía, profecía, sabiduría, evangelios y cartas, entre otros. No podemos leer todos estos textos exactamente de la misma manera. La tercera considera las **fuentes y tradiciones presentes en el texto**, intentando

comprender cómo se formó y transmitió aquello que finalmente llegó hasta nosotros.

En definitiva, buscamos establecer un diálogo entre la fe y la razón: una fe que no tenga miedo de preguntar y una razón que no pierda de vista la dimensión espiritual del texto.

Esta perspectiva será especialmente importante cuando lleguemos a algunos de los pasajes más difíciles de las cartas a los Corintios. Hay textos que, leídos aisladamente, pueden parecer contradictorios o incluso difíciles de conciliar con otros pasajes del Nuevo Testamento. Pero cuando los situamos dentro de su contexto histórico y comunitario, muchas veces podemos comprender mejor por qué Pablo escribió determinadas palabras.

Y aquí aparece una pregunta fundamental: ¿Quiénes eran los cristianos de Corinto y qué estaba ocurriendo en aquella comunidad?

1. CORINTO: UNA CIUDAD ENTRE DOS MUNDOS

Para comprender las cartas a los Corintios necesitamos comenzar por la ciudad misma.

Corinto se encontraba en el sur de Grecia, en la provincia romana de

Acaya, aproximadamente a 72 kilómetros al oeste de Atenas. Era una ciudad



importante, próspera y cosmopolita, marcada por el comercio, la diversidad cultural y una intensa actividad social. En ese ambiente convivían distintas culturas, tradiciones religiosas y formas de entender la vida. Era, por tanto, un lugar en el que la comunidad cristiana no podía vivir completamente aislada de la sociedad que la rodeaba y esto es fundamental para comprender las cartas.

Los cristianos de Corinto no vivían en un espacio protegido de las influencias culturales de su tiempo. Eran personas que habían abrazado el Evangelio, pero que seguían viviendo en una ciudad con sus propias costumbres, valores y problemas.

Por eso, muchos de los conflictos que aparecieron dentro de la comunidad cristiana tenían relación, directa o indirectamente, con la sociedad en la que estaban insertos.

La comunidad estaba intentando aprender algo que sigue siendo un desafío para los cristianos de cualquier época: ¿cómo vivir la fe sin dejarse absorber por todo aquello que contradice el Evangelio? Pablo se enfrentó precisamente a esa situación.

2. EL NACIMIENTO DE LA COMUNIDAD DE CORINTO

La iglesia de Corinto fue fundada por Pablo durante su segundo viaje misionero, aproximadamente entre los años 50 y 52 d. C., según el relato de Hechos 18.

Pablo llegó a Corinto y comenzó su predicación en la sinagoga. Allí conoció a Priscila y Aquila, con quienes permaneció durante un tiempo. Posteriormente se incorporaron Silas y Timoteo a la misión.



Cuando una parte de los judíos rechazó el mensaje que Pablo anunciaba, éste continuó su misión entre los gentiles. Entre los que acogieron el Evangelio estuvo Crispo, dirigente de la sinagoga, junto con su familia, además de muchos otros habitantes de Corinto

(Hechos 18:5-8).

Así comenzó a formarse una comunidad diversa, integrada por personas provenientes de distintas tradiciones y experiencias.

Pablo permaneció allí aproximadamente un año y medio, enseñando y acompañando a los creyentes (Hechos 18:11). Después continuó su misión hacia otros lugares. Pero la comunidad que había dejado atrás continuó creciendo y, al mismo tiempo, comenzó a enfrentar dificultades, y aquí encontramos uno de los aspectos más interesantes de estas cartas: Pablo no escribe a una comunidad ideal, sino a una comunidad real. Una comunidad que tiene problemas, una comunidad que pregunta, una comunidad que se divide, una comunidad que necesita ser corregida, pero también una comunidad que puede aprender, cambiar y crecer.

3. ¿POR QUÉ PABLO ESCRIBE A LOS CORINTIOS?

La Primera Carta a los Corintios surge precisamente en ese contexto. Pablo recibe noticias de lo que está ocurriendo en la comunidad y, además, recibe preguntas concretas de los propios creyentes acerca del matrimonio, la vida comunitaria, la libertad cristiana, los dones espirituales y otras situaciones que les preocupaban, por eso la carta tiene un carácter muy concreto y pastoral.

Pablo no está escribiendo un tratado abstracto. Está intentando responder a personas que tienen problemas reales. Hay divisiones entre los creyentes. Algunos se identifican con Pablo, otros con Apolo. Existen problemas morales, dificultades relacionadas con la vida comunitaria, conflictos en la celebración de la Cena del Señor y discusiones acerca del uso de los dones espirituales.

En medio de todo esto, aparece una palabra que terminará convirtiéndose en uno de los grandes centros de la carta: el amor.

La comunidad tenía conocimiento, capacidades, dones y líderes. Pero Pablo les muestra que todo eso pierde su verdadero sentido cuando falta el amor. Por eso, la Primera Carta a los Corintios puede entenderse como una invitación a volver a lo esencial: Cristo debe estar en el centro y la vida comunitaria debe construirse desde la unidad, el servicio y el amor.

La carta aborda diferentes temas a lo largo de sus dieciséis capítulos.

Los capítulos 1 al 4 tratan principalmente las divisiones dentro de la comunidad y la verdadera sabiduría cristiana. **Los capítulos 5 y 6** abordan problemas morales y cuestiones relacionadas con la disciplina comunitaria. **El capítulo 7** responde preguntas sobre el matrimonio, la soltería y la vocación.

Los capítulos 8 al 10 reflexionan sobre la libertad cristiana y la responsabilidad que acompaña esa libertad. Los capítulos 11 al 14 se concentran especialmente en el orden y la edificación de la comunidad, mientras que el capítulo 13 presenta uno de los textos más conocidos del Nuevo Testamento: el amor.

El capítulo 15 aborda la resurrección de los muertos y el capítulo 16 contiene orientaciones finales y saludos.

Esta estructura permite comprender algo importante: Pablo no está tratando un único problema. Está acompañando a una comunidad que necesita crecer en diferentes dimensiones de su vida cristiana.

4. UNA IGLESIA CON CONFLICTOS

Quizás uno de los aspectos más actuales de las cartas a los Corintios sea precisamente este: la Iglesia también tiene conflictos. A veces tenemos la tendencia a imaginar las primeras comunidades cristianas como grupos profundamente unidos, sin grandes dificultades internas. Sin embargo, las cartas de Pablo muestran una realidad bastante diferente.

En Corinto había divisiones, rivalidades, orgullo, problemas morales, dificultades en la convivencia y disputas relacionadas con el liderazgo. Algunos decían: *“Yo soy de Pablo”*; otros: *“Yo soy de Apolos”* (1 Corintios 3:4).

El problema no era simplemente que existieran distintas opiniones. El problema aparecía cuando las diferencias comenzaban a transformarse en divisiones. La comunidad estaba poniendo la mirada más en las personas que en Cristo.

Pablo intenta entonces devolverles la perspectiva correcta. Los líderes son servidores. Ninguno de ellos es el centro de la Iglesia. El crecimiento pertenece a Dios. Esta enseñanza sigue siendo muy actual.

También hoy puede ocurrir que las comunidades cristianas terminen identificándose excesivamente con determinadas personas, líderes o formas particulares de vivir la fe. Y cuando eso sucede, existe el riesgo de olvidar que la Iglesia no pertenece a sus dirigentes: pertenece a Cristo.

5. LIBERTAD, RESPONSABILIDAD Y AUTODISCIPLINA

Otro tema importante aparece cuando Pablo habla de la libertad cristiana. Ser libre no significa hacer todo aquello que deseamos. La libertad cristiana lleva consigo responsabilidad.

En el capítulo 10 de la Primera Carta a los Corintios, Pablo recuerda la experiencia del pueblo de Israel en el desierto. Habían experimentado grandes manifestaciones de Dios, pero eso no impidió que algunos terminaran cayendo en la idolatría y la inmoralidad.



El mensaje es claro: haber recibido grandes dones no significa que podamos vivir sin discernimiento. La libertad necesita responsabilidad, la fe necesita madurez y los dones recibidos

deben estar al servicio del bien común. Por eso Pablo advierte también sobre los dones espirituales. En Corinto existían discusiones acerca de las lenguas, la profecía y otras manifestaciones espirituales. Algunos dones parecían considerarse más importantes que otros.

Pablo responde recordando que todos los dones proceden de Dios y que cada persona tiene una función dentro del cuerpo de Cristo, entonces aparece una de las enseñanzas más hermosas de toda la carta: ningún don tiene sentido si no está acompañado por el amor.

Por eso, después de hablar de los dones, Pablo dedica todo el capítulo 13 al amor. No importa cuánto sepamos, no importa cuánto podamos hacer, no importa cuán grandes sean nuestros dones, si falta el amor, hemos perdido lo esencial.

6. CUANDO LA COMUNIDAD TIENE QUE APRENDER A VIVIR EN UNIDAD

Los problemas de Corinto no terminaban en las diferencias entre grupos. También existían dificultades relacionadas con la manera en que los creyentes se reunían y compartían su fe. Uno de los ejemplos más significativos aparece en torno a la Cena del Señor. Aquello que debía ser una expresión de comunión, unidad y recuerdo de Jesucristo, se había convertido en una ocasión en la que aparecían diferencias sociales y actitudes egoístas. Algunos comían y bebían sin preocuparse por los demás, mientras otros quedaban en una situación de desventaja. Pablo llega a describir la situación con palabras muy fuertes: *“uno tiene hambre, y otro se embriaga” (1 Corintios 11:21)*.

La preocupación de Pablo va mucho más allá de corregir una conducta durante una celebración religiosa. Lo que está señalando es una contradicción: no se puede recordar a Cristo mientras se ignora al hermano.

La Cena del Señor no puede separarse de la manera en que los creyentes se relacionan entre sí. Por eso, cuando Pablo recuerda las palabras de Jesús, *“Haced esto en memoria de mí”* (**1 Corintios 11:24**), esa memoria no consiste solamente en repetir un rito. También implica recordar la vida de Jesús, su entrega y su manera de servir. La adoración, entonces, no puede reducirse a lo que hacemos dentro de un templo. También se expresa en la forma en que tratamos a quienes tenemos a nuestro lado.

Una comunidad puede tener reuniones, actividades, conocimientos y dones espirituales. Pero si pierde el respeto, la solidaridad y el amor, corre el riesgo de olvidar precisamente aquello que pretende celebrar.

7. EL AMOR COMO CAMINO

En medio de tantos conflictos, Pablo presenta una respuesta que probablemente sea una de las más conocidas de toda la carta.

El capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios es conocido como el “himno al amor”. Sin embargo, leído dentro del contexto de toda la carta, adquiere un significado todavía más profundo. Pablo no habla del amor como un sentimiento romántico o como una emoción pasajera. Está hablando de una manera de relacionarse con los demás.

Después de haber hablado de divisiones, orgullo, dones espirituales y rivalidades, Pablo muestra que existe algo superior a todo aquello. Una persona puede tener conocimiento, capacidades, puede hablar con elocuencia, puede poseer determinados dones espirituales, pero ninguna de esas cosas tiene verdadero valor si no existe amor.

De esta manera, el capítulo 13 es, en realidad, la respuesta de Pablo a una comunidad que había olvidado que todos sus dones debían estar al servicio de los demás. El amor se convierte así en el criterio que permite evaluar la vida cristiana. No basta preguntarnos cuánto sabemos de Dios. También necesitamos preguntarnos cómo tratamos a los demás a partir de aquello que sabemos de Dios.

8. LA SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS: UNA RELACIÓN QUE NECESITA SER RESTAURADA

Después de conocer los principales problemas abordados en la Primera Carta, surge naturalmente una pregunta: ¿Qué ocurrió después? ¿Escuchó la comunidad las correcciones de Pablo? ¿Hubo cambios? ¿Fue posible reconstruir la relación?

La Segunda Carta a los Corintios nos permite acercarnos, al menos en parte, a esa respuesta.

Esta segunda carta tiene un carácter mucho más personal. Pablo habla de sus sentimientos, de sus sufrimientos, de sus preocupaciones y también de la relación que mantiene con la comunidad. Es un texto en el que aparece con mucha fuerza la dimensión humana del apóstol.

Pablo no escribe solamente como un maestro que entrega instrucciones. También escribe como alguien que ha sufrido por una comunidad que ama y que desea recuperar una relación que se había deteriorado.

Esta carta se sitúa aproximadamente en el año 55 d. C. Después de escribir la Primera Carta, Pablo continuó su recorrido hasta Macedonia. Allí se encontró con Tito, quien le llevó noticias sobre la reacción de los corintios frente a su

primera carta. Y las noticias fueron, en términos generales, positivas. La primera carta había provocado tristeza, pero también arrepentimiento y deseo de corregir los errores. Pablo reconoce esta respuesta y anima a la comunidad a continuar avanzando.

Esto nos muestra algo muy importante: una corrección no tiene como finalidad humillar a quien se equivoca, sino ayudarlo a recuperar el camino. Cuando existe verdadera posibilidad de cambio, la corrección puede convertirse en una oportunidad de reconciliación.

9. LA DEBILIDAD COMO LUGAR DE LA GRACIA



Uno de los grandes temas de la Segunda Carta a los Corintios es la relación entre debilidad y poder. Vivimos en una sociedad que suele valorar la fuerza, el éxito, la seguridad y la capacidad de mostrar que todo está bajo control. Sin embargo, Pablo presenta una perspectiva diferente.

Él mismo experimenta dificultades, cuestionamientos y momentos de fragilidad. Y precisamente desde esa experiencia afirma: *“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.”* **(2 Corintios 12:9)**

Esta frase contiene uno de los mensajes centrales de la carta. Pablo no está diciendo que la debilidad sea buena en sí misma ni que debamos buscar el sufrimiento. Lo que plantea es que nuestras limitaciones no impiden que Dios actúe. La fe no exige presentarnos ante Dios como personas perfectas. Podemos llegar con nuestras dudas, cansancios, errores y fragilidades. La gracia de Dios no depende de que seamos invulnerables. Por eso Pablo puede llegar a afirmar: *“Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.”* **2 Corintios 12:10**

La verdadera fortaleza cristiana no consiste necesariamente en no caer nunca, sino también en reconocer nuestra necesidad de Dios y permitir que Él nos sostenga.

10. EL CONSUELO EN MEDIO DE LAS PRUEBAS

Los primeros capítulos de la Segunda Carta a los Corintios están marcados por una idea central: Dios es fuente de consuelo.

Pablo conoce el sufrimiento y sabe que la vida cristiana no está libre de dificultades. Sin embargo, esas dificultades no tienen necesariamente la última palabra. El sufrimiento puede convertirse también en una experiencia que nos permite crecer, comprender mejor a otros y acompañar a quienes atraviesan situaciones semejantes. Por eso, el consuelo que recibimos no debería quedarse solamente en nosotros. Quien ha experimentado consuelo puede convertirse también en una persona capaz de consolar. De esta manera, la experiencia personal adquiere una dimensión comunitaria.

La fe no nos lleva a vivir nuestros procesos de manera aislada. Nos invita a transformar aquello que hemos vivido en una posibilidad de acompañar a otros.

11. LA GENEROSIDAD COMO EXPRESIÓN DE LA FE

Los capítulos 8 y 9 de la Segunda Carta a los Corintios presentan otro aspecto muy importante: la generosidad.

Pablo anima a la comunidad a colaborar con los creyentes que se encontraban necesitados en Jerusalén. Aquí nuevamente aparece una idea que atraviesa ambas cartas: la fe tiene consecuencias concretas.

No se trata solamente de creer determinadas verdades. La fe también se expresa en la manera en que utilizamos nuestros recursos y en nuestra disposición para compartir con quienes necesitan ayuda. Pablo invita a dar, no desde la obligación ni desde la presión, sino desde una actitud libre y generosa:

“Dios ama al dador alegre.” **2 Corintios 9:7**

La generosidad, por tanto, no es presentada como una simple obligación económica. Es una expresión de solidaridad y de responsabilidad comunitaria. La pregunta que queda para nosotros es muy sencilla, pero profunda: ¿Nuestra fe se refleja también en la manera en que compartimos con los demás?

12. PABLO, TIMOTEO Y TITO: Una misión que se construye en comunidad



La Segunda Carta a los Corintios nos permite mencionar a dos colaboradores muy cercanos a Pablo: Timoteo y Tito. No es necesario detenernos todavía en sus historias personales; lo importante en este momento es observar la relación que mantuvieron con Pablo y el lugar que ocuparon en su misión.

Pablo no realizó su ministerio en soledad. Formó, acompañó y confió responsabilidades a otras personas, permitiéndoles participar activamente en la misión. Timoteo aparece como un colaborador cercano, a quien Pablo considera un verdadero hijo en la fe, mientras que Tito cumple un papel especialmente importante en la relación con la comunidad de Corinto, colaborando en la reconstrucción de los vínculos y en el acompañamiento de la Iglesia.

La relación de Pablo con ambos nos deja una enseñanza sencilla, pero profunda: la misión no se sostiene únicamente por las capacidades de una persona, sino también por su capacidad de formar y confiar en otros.

Timoteo y Tito eran diferentes entre sí, pero ambos encontraron un lugar para servir. Esto nos recuerda que no todos tenemos las mismas características, capacidades o maneras de realizar una tarea. Lo importante es descubrir cómo podemos poner aquello que hemos recibido al servicio de los demás.

Pablo no buscó solamente colaboradores para resolver las necesidades del momento. También invirtió en personas que pudieran continuar la misión. Y quizás aquí encontramos una de las enseñanzas más importantes de esta relación: un buen liderazgo no concentra todo en sí mismo; forma, acompaña, confía y abre caminos para que otros puedan crecer y asumir responsabilidades.

La relación entre Pablo, Timoteo y Tito nos muestra, en definitiva, que el Evangelio también se transmite mediante el acompañamiento, la confianza y la formación de otros.

13. Una iglesia imperfecta, pero sostenida por la gracia

Al llegar hasta aquí podemos comenzar a mirar las dos cartas como un conjunto. Corinto era una comunidad con problemas, tenía divisiones y dificultades morales. Había conflictos relacionados con el liderazgo, existían diferencias respecto de los dones espirituales, problemas en la celebración de la Cena del Señor. También había preguntas acerca del matrimonio, la soltería, la libertad cristiana y la forma de relacionarse con la cultura que los rodeaba. Y, sin embargo, Pablo no abandona a la comunidad, muy por el contrario, la

corrige, la confronta y la orienta y posteriormente, la anima, la consuela y reconoce sus avances.

Esto, sin lugar a dudas, nos permite descubrir algo muy humano en estas cartas: la comunidad cristiana no se construye porque sus integrantes sean perfectos. Se construye porque están dispuestos a seguir aprendiendo y creciendo juntos.

Quizás esta sea una de las razones por las que las cartas a los Corintios continúan siendo tan actuales. Una Iglesia real está formada por personas reales: con fortalezas y debilidades, con aciertos y errores, con momentos de unidad y momentos de conflicto. La pregunta no es si existirán dificultades. La pregunta es qué hacemos cuando aparecen: ¿Nos dividimos?, ¿Nos encerramos en nuestras propias posiciones? ¿Convertimos nuestras opiniones en verdades absolutas? ¿O somos capaces de escuchar, reconocer errores, pedir perdón, corregir el camino y volver a poner a Cristo en el centro? Las cartas a los Corintios parecen invitarnos precisamente a este último camino.

14. SEIS CONTROVERSIAS QUE TODAVÍA NOS HACEN PENSAR

Llegados a este punto, podemos comprender mejor por qué algunos pasajes de estas cartas han generado tantas preguntas a lo largo de la historia. No estamos frente a textos escritos para responder las preguntas del siglo XXI. Pablo estaba respondiendo a situaciones concretas de comunidades del siglo I. Por eso, cuando encontramos un texto difícil, necesitamos resistir la tentación de tomar una frase aislada y convertirla inmediatamente en una norma universal.

La primera pregunta debería ser: ¿Qué estaba ocurriendo en aquella comunidad cuando Pablo escribió estas palabras? Y luego: ¿Qué principio está

intentando enseñar? Esta forma de aproximarnos a los textos nos permite estudiar las controversias con mayor serenidad y evitar interpretaciones apresuradas.

A continuación, revisaremos seis temas que aparecen en las cartas y que continúan generando reflexión: Las divisiones y el liderazgo dentro de la Iglesia, los dones espirituales y el orden en la comunidad. El respeto durante el culto y la Cena del Señor, el matrimonio, la soltería y el celibato, el papel de las mujeres en las primeras comunidades cristianas, la autoridad espiritual y los falsos líderes.

No todos estos temas tienen respuestas sencillas. Precisamente por eso es importante estudiarlos con respeto por el texto, atención a su contexto y humildad frente a aquello que todavía continúa siendo objeto de debate.

14.1. Cuando los líderes se convierten en motivo de división

Uno de los primeros problemas que Pablo enfrenta es la tendencia de algunos creyentes a identificarse excesivamente con determinados líderes. *“Yo soy de Pablo”, decían unos; “yo soy de Apolos”, decían otros (1 Corintios 3:4)*. El problema no estaba simplemente en apreciar a un determinado líder. El problema comenzaba cuando esa identificación producía rivalidad. Pablo responde recordando algo fundamental: los líderes son servidores; no son el centro de la Iglesia. Dios es quien hace crecer la comunidad. Esta enseñanza sigue siendo necesaria.

También hoy podemos caer en la tentación de convertir a determinados líderes, pastores, predicadores o referentes religiosos en figuras alrededor de las cuales construimos nuestra identidad cristiana. Pero Pablo nos devuelve al

centro: Cristo, y no la personalidad de un líder, debe ser el fundamento de la comunidad.

14.2. Los dones espirituales: cuando lo recibido para servir se convierte en motivo de orgullo

La segunda controversia aparece en los capítulos 12 al 14 de Primera de Corintios. La comunidad tenía diferentes dones espirituales, pero estos habían comenzado a generar conflictos. Algunas manifestaciones parecían considerarse más importantes que otras. El problema surgía cuando un don recibido para servir terminaba convirtiéndose en una forma de protagonismo personal. Pablo recuerda entonces que existen muchos dones, pero un solo cuerpo. Cada persona tiene una función, no todos tienen que hacer lo mismo, y ningún don hace que una persona sea superior a otra.

La conclusión de Pablo es contundente: el amor está por encima de cualquier don. Por eso, cuando llega al capítulo 14, insiste en que todo debe realizarse de manera ordenada y para la edificación de la comunidad: “hágase todo decentemente y con orden” (1 Corintios 14:40).

El principio es sencillo: Lo que Dios nos entrega no es para hacernos superiores a los demás, sino para ponerlo al servicio de los demás.

14.3. LA CENA DEL SEÑOR: ¿CÓMO NOS PRESENTAMOS ANTE DIOS?

Otro de los conflictos que Pablo tuvo que abordar en la comunidad de Corinto estaba relacionado con la manera en que celebraban la Cena del Señor. El problema tenía dos dimensiones. Por una parte, existían diferencias entre los miembros de la comunidad. Algunos tenían más recursos que otros y esas

diferencias terminaban haciéndose visibles incluso durante una celebración que debía expresar precisamente lo contrario: comunión, fraternidad y unidad. Pero, había también un problema relacionado con la manera en que algunos llegaban y participaban de esta celebración. Pablo señala una situación bastante seria: mientras algunos pasaban hambre, otros comían y bebían en exceso. Por eso llega a decir: *“uno tiene hambre, y otro se embriaga”* **(1 Corintios 11:21)**.

Esto nos ayuda a comprender que Pablo no estaba simplemente preocupado por el orden externo de una ceremonia. Lo que estaba cuestionando era la actitud con la que los creyentes se acercaban a un momento que debía ser profundamente significativo para su fe. La Cena del Señor era un momento para recordar a Cristo, su entrega y su sacrificio. Sin embargo, algunos estaban llegando a ella dominados por sus propios deseos, sin considerar a los demás y sin reconocer la importancia espiritual de aquello que estaban celebrando. Por eso Pablo recuerda las palabras de Jesús: *“Haced esto en memoria de mí.”* **(1 Corintios 11:24)**

Recordar a Cristo no consiste solamente en participar de una ceremonia. También implica reconocer lo que estamos celebrando y disponernos interiormente para vivir ese momento con respeto, reverencia y consideración por los demás. Aquí este pasaje puede hacernos una pregunta muy actual: Cuando nos reunimos para una celebración religiosa, ¿en qué condiciones llegamos?

No necesariamente se trata de llegar en estado de ebriedad, como ocurría con algunos en Corinto. La pregunta puede ser mucho más amplia y, quizás, más incómoda: ¿qué llevamos dentro cuando nos presentamos ante Dios?

Podemos llegar con resentimientos, conflictos sin resolver, orgullo, indiferencia, malas actitudes, deseos de juzgar a otros o simplemente con una disposición que no corresponde al significado de aquello que vamos a celebrar. Podemos estar físicamente presentes, pero interiormente muy lejos de lo que la celebración significa. Esto nos permite comprender que la enseñanza de Pablo no pertenece solamente al pasado. También puede ayudarnos a revisar nuestra propia manera de participar en las celebraciones de fe. Cada vez que nos reunimos para una fiesta religiosa, una citación santa, o un momento especial de encuentro con Dios, podríamos preguntarnos: ¿Cómo estoy llegando? ¿Con qué actitud me presento ante Dios y ante los demás? ¿Estoy realmente preparado para participar de esta celebración o simplemente estoy cumpliendo con una costumbre? ¿Mi manera de comportarme ayuda a crear un ambiente de respeto y comunión?

Estas preguntas no buscan juzgar a nadie. Son, más bien, una invitación personal a revisar nuestro corazón. Porque podemos preocuparnos mucho de la manera externa en que se desarrolla una celebración y olvidar algo fundamental: la verdadera preparación también ocurre en nuestro interior.

La Cena del Señor debía ser un espacio de comunión, pero los corintios habían permitido que sus diferencias, sus excesos y sus actitudes personales ocuparan el lugar que correspondía al encuentro con Cristo. Esa experiencia nos deja una enseñanza que sigue siendo profundamente actual: No basta con estar presentes en una celebración religiosa; también necesitamos preguntarnos con qué corazón estamos presentes.

La adoración a Dios no puede separarse de la manera en que nos relacionamos con quienes tenemos a nuestro lado. Una celebración pierde parte de su

sentido cuando participamos de ella sin respeto, sin amor o sin consideración por los demás. Pablo nos invita, entonces, no solamente a “recordar” a Cristo, sino también a revisar nuestra propia vida a la luz de aquello que estamos celebrando.

14.4. MATRIMONIO, SOLTERÍA Y CELIBATO: ¿CONSEJO O MANDAMIENTO?

Otro tema que ha generado muchas preguntas a lo largo de la historia aparece en el capítulo 7 de la Primera Carta a los Corintios. Pablo responde allí a distintas inquietudes de los creyentes relacionadas con el



matrimonio, la separación, la viudez, la sexualidad y la vida célibe.

Una de las razones por las que este capítulo puede resultar difícil es que Pablo habla desde su propia experiencia y, en algunos momentos, parece valorar especialmente la posibilidad de permanecer soltero para dedicarse con mayor libertad al servicio del Señor. En un momento señala: *“Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo.”* **1 Corintios 7:7**

Y posteriormente expresa que quien no está casado puede preocuparse más directamente por *“las cosas del Señor”* (**1 Corintios 7:34**). Pero aquí es

importante detenernos en algo que el propio Pablo aclara. No todo lo que aparece en este capítulo tiene el mismo nivel de autoridad.

En determinados momentos distingue entre aquello que proviene de una enseñanza de Dios y aquello que presenta como su propio parecer o consejo. Por ejemplo, en **1 Corintios 7:25** señala: *“doy mi parecer”*. Esta distinción es importante porque nos enseña algo fundamental para la lectura bíblica: no debemos convertir automáticamente una recomendación personal en un mandamiento universal.

Pablo estaba escribiendo a una comunidad que vivía circunstancias particulares, en un contexto social complejo y con dificultades propias de las primeras comunidades cristianas. Desde esa realidad consideraba que la soltería podía facilitar una dedicación más libre a la misión, pero eso no significa que considerara el matrimonio como algo malo. Por el contrario, reconoce que tanto el matrimonio como la soltería pueden ser opciones válidas y que cada persona tiene circunstancias, dones y llamados diferentes.

La enseñanza que podemos rescatar para nuestro tiempo es, entonces, la necesidad de distinguir entre un mandamiento, un consejo y una opinión personal.

Muchas veces, a lo largo de la historia, recomendaciones surgidas en contextos concretos terminan transformándose en normas absolutas. Pablo mismo nos muestra que es necesario leer con atención antes de establecer ese tipo de conclusiones.

14.5. LAS MUJERES EN LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS



Llegamos ahora a una de las controversias que, probablemente, más preguntas ha generado en torno a las cartas de Pablo: ¿qué lugar ocupaban las

mujeres en las primeras comunidades cristianas?

La pregunta es especialmente interesante porque, cuando leemos algunos pasajes de manera aislada, parece existir una tensión entre determinadas instrucciones de Pablo y otros testimonios que encontramos en el Nuevo Testamento.

Uno de los textos más conocidos se encuentra en **1 Corintios 14:34-35**, donde aparecen instrucciones relacionadas con el silencio de las mujeres en las reuniones. Leído fuera de su contexto, podría parecer que Pablo está estableciendo una prohibición general y permanente de participación femenina. Pero aquí es precisamente donde el método que hemos utilizado a lo largo de este estudio adquiere especial importancia. Antes de sacar una conclusión, necesitamos mirar el contexto.

El mundo en el que vivieron las primeras cristianas



Las primeras comunidades cristianas surgieron dentro de sociedades judías y grecorromanas profundamente patriarcales. La educación de las mujeres era

limitada en muchos sectores, su participación pública estaba restringida y las estructuras formales de autoridad estaban mayoritariamente en manos de hombres. Sin embargo, cuando observamos el conjunto del Nuevo Testamento, encontramos mujeres que tuvieron una participación significativa en la vida de las primeras comunidades. Esto ya resulta llamativo cuando observamos la manera en que Jesús se relacionó con las mujeres.

Los Evangelios muestran que conversó públicamente con ellas, permitió que fueran sus discípulas, recibió su apoyo y confió a mujeres el anuncio de la resurrección.

María Magdalena, Marta, María de Betania y la mujer samaritana son algunos de los ejemplos más conocidos. Por tanto, el cristianismo primitivo introdujo elementos que, en determinados aspectos, rompían con las costumbres sociales de su tiempo. Y esto también aparece en las primeras comunidades.

Mujeres que participaron activamente en la Iglesia primitiva



El Nuevo Testamento menciona a varias mujeres que tuvieron responsabilidades importantes. Una de ellas es Febe, a quien Pablo presenta en Romanos 16:1-2 como servidora o diaconisa de la iglesia de Cencrea y como protectora o benefactora de muchos.

También encontramos a Priscila, quien junto a su esposo Aquila colaboró estrechamente con

Pablo y participó en la formación de Apolos. En Hechos 18 se la presenta enseñando junto a su esposo, lo que demuestra que su participación en la transmisión de la fe no fue meramente pasiva. Aparece también Junia, mencionada por Pablo en Romanos 16:7. Su identificación y el significado exacto de la expresión utilizada por Pablo han sido objeto de debate histórico y académico, pero el pasaje forma parte importante de las discusiones sobre la participación de las mujeres en el cristianismo primitivo. Todo esto nos obliga a mirar el problema con mayor profundidad.

Si encontramos textos que parecen restringir la participación femenina, pero al mismo tiempo encontramos mujeres que participan activamente en las primeras comunidades, entonces necesitamos preguntarnos: ¿Cómo debemos comprender esa aparente tensión?

¿Por qué aparecen entonces textos restrictivos?

Existen otros pasajes del Nuevo Testamento, como **1 Corintios 14:34-35** y **1 Timoteo 2:11-12**, que contienen instrucciones relacionadas con el silencio, la enseñanza o la sumisión de las mujeres. ¿Cómo podemos comprenderlos?

Una posibilidad planteada por diversos estudiosos es que algunas de estas instrucciones respondieran a situaciones concretas de las comunidades y a las condiciones culturales de su época. Las primeras iglesias debían desenvolverse dentro de sociedades en las que las estructuras patriarcales estaban profundamente arraigadas. Al mismo tiempo, el mensaje cristiano comenzaba a introducir una nueva comprensión de la dignidad y pertenencia de todos los creyentes. La tensión entre ambas realidades no desapareció de un día para otro, por eso, algunos de estos textos pueden entenderse como instrucciones pastorales destinadas a mantener el orden de determinadas comunidades en circunstancias concretas. Esto no significa que todos los cristianos o todas las iglesias interpreten estos textos de la misma manera. De hecho, la discusión continúa abierta en distintos espacios teológicos.

Algunas comunidades consideran que hombres y mujeres poseen igual dignidad espiritual, pero mantienen diferentes responsabilidades ministeriales. Otras entienden que las restricciones estaban vinculadas principalmente al contexto cultural del siglo I y sostienen una participación ministerial femenina más amplia. Por eso, más que presentar una respuesta simplista, lo importante es reconocer que estamos ante un tema que exige contexto, conocimiento bíblico y prudencia interpretativa.

14.6. IGUALDAD EN CRISTO Y RESPONSABILIDAD PARA SERVIR

Hay un texto de Pablo que resulta especialmente importante cuando reflexionamos sobre este tema. En **Gálatas 3:28** encontramos una afirmación profundamente significativa: ***“No hay judío ni griego; esclavo ni libre; hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo.”*** Para una sociedad del siglo I, estas palabras tenían una fuerza considerable. Pablo está afirmando que, frente a Cristo, las diferencias que normalmente establecían jerarquías sociales no determinan el valor espiritual de una persona. Esto no significa que las primeras comunidades hayan abandonado inmediatamente todas las estructuras culturales de su tiempo. La historia muestra que los cambios sociales y comunitarios son procesos graduales. Por eso, al estudiar estos textos necesitamos distinguir entre la dignidad espiritual de la persona y las funciones concretas que las comunidades fueron asignando en determinados contextos históricos.

La discusión sobre el liderazgo femenino continúa hasta nuestros días. Existen diferentes posiciones teológicas, y no sería responsable presentar una de ellas como si no existiera debate. Lo que sí aparece con claridad en el conjunto del mensaje bíblico que estamos estudiando es que Dios llama a las personas a servir y espera que los dones recibidos sean desarrollados y puestos al servicio de los demás. Por eso, más allá de las diferentes interpretaciones sobre determinadas funciones ministeriales, queda una pregunta que puede interpelarnos a todos: ¿Estamos desarrollando responsablemente los dones que hemos recibido y poniéndolos al servicio de Dios y de los demás?

14.7. AUTORIDAD ESPIRITUAL: Cuando el liderazgo se confunde con poder

La última controversia que revisaremos aparece especialmente en la **Segunda Carta a los Corintios**, en los capítulos **10 al 13**.

Pablo debe defender su ministerio frente a personas que cuestionaban su autoridad y que parecían valorar determinadas características externas: la elocuencia, la apariencia, el prestigio y la capacidad de imponerse.

Esto coloca a Pablo frente a una situación bastante incómoda. ¿Cómo demostrar que su autoridad es legítima sin caer él mismo en la búsqueda de reconocimiento? La respuesta de Pablo resulta muy significativa porque presenta una idea diferente de liderazgo.

Para él, la verdadera autoridad cristiana no se demuestra mediante el poder personal, la apariencia o la capacidad de dominar a otros. El verdadero liderazgo se expresa en el servicio, el sacrificio, la humildad y la dependencia de Dios.

Esto conecta directamente con uno de los grandes mensajes de la Segunda Carta: el poder de Dios se manifiesta precisamente en la debilidad. Pablo no presenta un liderazgo basado en la imagen de una persona invulnerable. Presenta a alguien que ha sufrido, que ha sido cuestionado y que reconoce sus propias limitaciones. Y allí vuelve a aparecer la paradoja que atraviesa toda la carta: ***“Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.”*** (2 Corintios 12:10).

Esta enseñanza también puede ayudarnos a revisar nuestra propia comprensión del liderazgo. Liderar no significa estar por encima de los demás. Significa estar dispuesto a servirlos.

15. ¿QUÉ NOS DEJAN LAS CONTROVERSIAS DE CORINTO?

Después de recorrer estos seis temas, podemos comprender mejor por qué las cartas a los Corintios siguen siendo tan importantes. Pablo no está respondiendo preguntas abstractas. Está intentando acompañar a una comunidad concreta que enfrenta problemas concretos. Por eso, muchas de sus respuestas tienen un carácter pastoral.

Las cartas nos enseñan que un texto bíblico no puede comprenderse adecuadamente cuando se separa de la situación que le dio origen. También nos recuerdan que no todas las palabras tienen necesariamente la misma función dentro de un texto. Hay mandamientos, consejos, correcciones, argumentos y orientaciones destinadas a situaciones específicas. Leer la Biblia con responsabilidad significa, entonces, aprender a distinguir, y quizás esta sea una de las principales enseñanzas que nos dejan las controversias de Corinto: no debemos tener miedo de las preguntas difíciles, pero tampoco debemos responderlas de manera apresurada, necesitamos estudiar, necesitamos conocer el contexto, necesitamos comparar los textos, necesitamos reconocer cuándo existe diversidad de interpretaciones, y, sobre todo, necesitamos hacerlo con humildad.

Porque si algo muestran las cartas a los Corintios es que incluso una comunidad que conocía las Escrituras, que tenía dones y que buscaba vivir su fe podía equivocarse en la manera de comprender y aplicar aquello que creía. Por eso Pablo vuelve una y otra vez a lo esencial: Cristo, la unidad, el amor, el servicio y una vida coherente con la fe que se profesa.

16. UNA MIRADA FINAL: ¿QUÉ PODEMOS APRENDER HOY DE CORINTO?

Después de recorrer las dos cartas a los Corintios, descubrimos que estamos frente a una comunidad muy humana: con conflictos, diferencias, errores, preguntas y también con deseos de crecer en la fe. Quizás por eso sus enseñanzas siguen siendo actuales.

Corinto nos recuerda que la unidad debe estar por encima de nuestras diferencias; que nuestros dones tienen sentido cuando los ponemos al servicio de los demás; que la libertad siempre debe ir acompañada de responsabilidad; y que la celebración de nuestra fe requiere también una actitud coherente con aquello que estamos celebrando.

La relación de Pablo con Timoteo y Tito nos muestra, además, que la misión se construye acompañando y formando a otros. Y su propia experiencia nos recuerda que nuestras debilidades no impiden que Dios pueda actuar en nosotros.

En definitiva, las cartas a los Corintios nos invitan a mirar nuestra propia vida comunitaria y preguntarnos: ¿Cómo estamos viviendo nuestra fe? ¿Cómo nos relacionamos con los demás? ¿Estamos poniendo nuestros dones al servicio? ¿Somos capaces de reconocer nuestros errores y buscar la reconciliación?

Quizás la gran enseñanza de Corinto sea que no necesitamos ser una comunidad perfecta para caminar con Dios, pero sí necesitamos estar dispuestos a aprender, corregirnos y crecer en el amor. Pablo no abandonó a una comunidad que tenía dificultades. La acompañó, la corrigió y también confió en que podía cambiar.

Que este estudio nos ayude también a nosotros a acercarnos a las Escrituras no solamente para conocerlas, sino para dejar que nos interpelen y nos ayuden



a vivir nuestra fe de una manera más consciente, humilde y coherente, porque estudiar la Palabra no termina cuando cerramos la Biblia; comienza cuando intentamos llevarla a nuestra vida.